

dejando huella

El **mes de octubre**, con la celebración del Domingo Universal de Misiones, DUM (23 de octubre), ofrece a nuestras comunidades diocesanas y parroquiales, a los institutos de vida consagrada, a los movimientos eclesiales y a todo el pueblo de Dios, la ocasión para renovar **el compromiso de anunciar el Evangelio** y dar a las actividades pastorales una dimensión misionera más amplia. Esta cita anual nos invita a vivir intensamente los itinerarios litúrgicos y catequéticos, caritativos y culturales, mediante los cuales Jesucristo nos convoca a la mesa de su Palabra y de la Eucaristía, para gustar el don de su presencia, formarnos en su escuela y vivir cada vez más conscientemente unidos a él, Maestro y Señor, rostro misericordioso del Padre.



OCTUBRE MES MISIONERO

Como nos invita Papa Francisco en su Mensaje para la celebración de este año (*ver páginas 5 a 7*), **todos estamos invitados a «salir»**, como discípulos misioneros, ofreciendo cada uno sus propios talentos, su creatividad, su sabiduría y experiencia en llevar el mensaje de la ternura y de la compasión de Dios a toda la familia humana. En virtud del mandato misionero, la Iglesia se interesa por los que no conocen el Evangelio, porque quiere que todos se salven y experimenten el amor del Señor. Ella «tiene la misión de anunciar la misericordia de Dios, corazón palpitante del Evangelio» (*Bula Misericordiae vultus, 12*), y de proclamarla por todo el mundo, hasta que llegue a toda mujer, hombre, anciano, joven y niño.

Con este año, son ya 90 las celebraciones anuales del DUM, promovido por la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe y aprobado por el Papa Pío XI en 1926, con el cometido de que en toda la Iglesia la mirada del corazón se dilatara por los inmensos ámbitos de la misión, y **todos nos sintiéramos protagonistas del compromiso de la Iglesia de anunciar el Evangelio**. El impulso misionero siempre ha sido signo de vitalidad para nuestras Iglesias (*cf. Redemptoris missio, 2*) y su cooperación es testimonio singular de unidad, de fraternidad y de solidaridad, que hace creíbles anunciadores del Amor que salva.



Para cuantos trabajamos en las **OMP**, al proporcionarles estos sencillos materiales para la animación, quisiéramos que la vivencia del mes misionero fuera un compromiso que no se limita a un domingo ni a la simple colecta de ayuda para las misiones. Es más bien una bonita oportunidad pastoral para **sentirnos Iglesia**, comunidad vida de personas que han encontrado a Cristo y lo sienten como un don que hay que compartir con lo demás, mediante gestos concretos: la oración, el sacrificio, gestos de solidaridad y – ¿por qué no? – también el ofrecimiento de la propia vida.



No olvidemos que el tema fuerte de la misión es la salvación de toda persona en Cristo. De consecuencia vuelven las grandes temáticas: urgencia del anuncio, escasez de operarios del Evangelio, necesidad de la oración perseverante, cooperación por parte de todos los creyentes...



La **misión**, en cuanto anuncio del Evangelio, pasa por estaciones complejas, pero prometedoras. Realidades nuevas están naciendo para la Iglesia misionera. La Palabra de Dios ofrece mensajes de esperanza para los momentos trágicos de la existencia humana, tanto a nivel individual, social y político. **Dios actúa y salva**, si, a veces también, parece demorarse. La salvación es gratuita, pero no nos exime de la libre contribución de cada uno. Todos los pueblos y culturas tienen el derecho a recibir el mensaje de salvación, que es don de Dios para todos. El mandato del Evangelio, como nos recuerda Papa Francisco, no está agotado, es más, nos compromete a todos, en los escenarios y desafíos actuales, a sentirnos llamados a una nueva «salida» misionera. Es como si el Papa nos advirtiera que la Iglesia decidió subirse nuevamente, y decididamente, al "tren de la misión";

no podemos quedarnos dormidos esperando en la estación. Este es el tren que debemos abordar para

“salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20)





Para el Papa los aspectos económicos son justamente secundarios, y –como nos recordó a todos los directores de OMP en la audiencia del pasado mes de junio – si nos quedamos demasiado en los aspectos organizativos de la misión, arriesgamos de asemejarnos a una ONG, sin embargo en su Mensaje, recuerda a todos los cristianos (diócesis, parroquias, comunidades religiosas, asociaciones y movimientos eclesiales), la necesidad de la colaboración económica y la importancia de la **colecta**, destinada para auxiliar a las comunidades cristianas necesitadas y para fortalecer el anuncio del Evangelio hasta los confines de la tierra.

"No dejemos de realizar también hoy este gesto de comunión eclesial misionera. No permitamos que nuestras preocupaciones particulares encojan nuestro corazón, sino que lo ensanchemos para que abarque a toda la humanidad" (ver página 7).

En estos **90 años** son incontables las ayudas que a través del DUM se han hecho llegar a todas las iglesias de los territorios de misión. Ha sido en absoluto una de las obras caritativas más grande y significativa en la historia de la humanidad. Sigue siendo la contribución más grande que el Santo Padre, a través de las **Obras Misionales Pontificias**, lleva adelante para la iglesia misionera de nuestro tiempo. En este opúsculo, pueden ustedes ver cuantos y cómo han sido distribuidos los recursos a nivel mundial (pág. 13); cuánto y cómo ha sido usado el resultado de la colecta a nivel nacional (pág. 14 y 15).



Las necesidades nuestras y de los demás, gracias también a los medios de comunicación, están delante de nuestros ojos; no podemos acostumbrarnos a verlas sin que nos interpelen, no podemos desviar la mirada. Como la muchedumbre que seguía a Jesús en el desierto, así hoy la gente tiene una necesidad insoslayable de satisfacer el hambre de pan que alimenta el cuerpo, e igualmente el hambre de la Palabra de Dios y del Pan eucarístico. En el proyecto de Dios no cabe separar un hambre de la otra: cada persona tiene necesidad y derecho a satisfacer ambas. De esta doble necesidad nace **el imperativo de la misión global**, entendida como servicio al hombre y como anuncio del Evangelio. La persona y la comunidad que hacen la experiencia de Cristo en la Eucaristía se sienten motivadas a compartir con otros el don recibido: la misión nace de la Eucaristía y reconduce a ella.



"A los discípulos de Jesús, cuando van por los caminos del mundo, se les pide ese amor que no mide..."



Nuestra aldea global no puede tener sino un banquete global, en el que todos los pueblos tienen igual derecho a participar; una mesa de la cual nadie debe estar excluido o discriminado. Desde siempre, éste es el **proyecto del Padre común de toda la familia humana** (cf. Is 25,6-9). Es éste el sueño que Él confía a la Iglesia misionera, para hacerlo realidad; iglesia de la cual todos hacemos partes, activamente.

La comunión eclesial nace del encuentro con el Hijo de Dios, Jesucristo, que en el anuncio de la Iglesia llega a los hombres y crea la comunión con él mismo y, por tanto, con el Padre y el Espíritu Santo (cf. 1 Jn 1, 3). Cristo establece la nueva relación entre Dios y el hombre. "Él mismo nos revela que **"Dios es amor"** (1 Jn 4, 8) y al mismo tiempo nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y por ello de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así pues, a los que creen en la caridad divina, les da la certeza de que el camino del amor está abierto a todos los hombres y de que no es inútil el esfuerzo por instaurar la fraternidad universal" (*Gaudium et spes*, 38).

Finalmente anhelo que este mes sea ocasión propicia también para volver nuestra mirada agradecida hacia **nuestros misioneros y misioneras**, que dan testimonio en los lugares más lejanos y difíciles, a menudo también con la vida, de la llegada del reino de Dios. A ellos, que en este mundo van **dejando huella**, y que representan las vanguardias del anuncio del Evangelio, se dirige la amistad, la cercanía y el apoyo de todos los creyentes.

"Dios, (que) ama a quien da con alegría" (2 Co 9, 7), los colme de fervor espiritual y de profunda alegría. Como el "sí" de María, toda respuesta generosa de la comunidad eclesial a la invitación divina al amor a los hermanos suscitará una nueva maternidad apostólica y eclesial (cf. Ga 4, 4.19.26), permitiendo "que todo el género humano forme un único pueblo de Dios, se una en un único cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo" (*Ad gentes*, 7).

¡Muchas gracias y feliz mes misionero!

